

EL PINTOR MÁS INFLUYENTE

LA RAZÓN. LUNES 2 DE DICIEMBRE DE 2002

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Si la importancia de un artista se juzga por el cambio del gusto estético que sus creaciones provocan y, en consecuencia, por el número de obras que, procedentes de su escuela, entran en los museos y en la decoración de espacios públicos, nadie puede acercarse siquiera (ni Leonardo, Rafael, Miguel Ángel, Durero, Velázquez, Rubens, Rembrandt, Goya, Monet, Cézanne o Picasso) a la larga sombra artística del pintor que, tras la Revolución de Octubre, impuso el suprematismo del color, en formas geométricas, a la Escuela Estatal de Arte de Moscú y a la Bauhaus de Weimar.

El prestigio de este artista era tan grande que cuando Stalin organizó en 1932 la exposición «Quince años de arte soviético», para hacer obligatorio el estilo oficial del «realismo socialista», se le reservó una sala especial, en lugar de mandarlo al Gulag junto con los demás modernistas. Alcanzó la fama con su óleo sin marco «Cuadrado negro sobre fondo blanco» (Museo de San Petersburgo) y le bastaron 20 años para conquistar el trono de la estética occidental en pintura, escultura, arquitectura, decoración, ilustración de libros, diseño industrial, fotografía artística y arte cinético.

El siglo XX terminó y el XXI empezó bajo los auspicios de ese estilo modernista, derivado del cubismo, que se llama «suprematismo». De cada tres obras de artistas vivos que ingresan en los museos, una es «suprematista». El Museo del Estado Ruso en San Petersburgo adquirió un acrílico sobre tela pintado en 1994 y dedicado al fundador del suprematismo. El Museo de Arte Moderno de Vitoria se ha inaugurado con una enorme bola de pequeños cristales que tintinean al menor soplo de aire. Arte de suprematismo cinético que asombra a las autoridades ansiosas de comprar cultura donde le dicen que está.

Tardo en decir quién es este pintor único en la historia del arte porque es un desconocido para las muchedumbres que recluyen la estética en los cuadrados, rectángulos, triángulos, trapecios y círculos de colores puros que vieron en sus textos infantiles de geometría. No otra cosa es el suprematismo, si a esos planos de color los unen o cruzan líneas rectas negras. Su creador lo confesó: «Yo no he inventado nada, sólo he sentido la noche dentro de mí y he percibido el nuevo tema que llamo suprematismo, una construcción de formas a partir de la nada». Y pintó la sociedad sin clases, la nada, con «el rostro del nuevo arte», o sea, el cuadrado: «Primer paso hacia la creación pura en el arte. Antes de él sólo había deformidades ingenuas y copias de la naturaleza». Mondrian lo comprendió.

Es natural que aquel místico de la geometría infantil, que creía haber dado la última palabra a la pintura con su «Cuadrado negro» de 1913, tardara cuatro años de investigación para darse cuenta de que la última pintura sería un «Cuadrado blanco sobre fondo blanco». Memorable hazaña realizada en 1917, y conservada en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. La negritud del anarquismo todavía arrastraba la impureza de la lucha de clases. La totalidad de la inocencia, en una sociedad sin clases, estaba en un cuadrado inmaculado de emociones o sentimientos, donde el comunismo habría resuelto la tensión entre hombre y naturaleza.

Casimir Malevich, pues de él se trata, creó escuela. Sus seguidores ocuparon las academias de arte y cultura en el Estado leninista. Entre ellos Kandinsky. Rodchenko llevó el constructivismo a EE UU, Vladimir Tatlin lo aplicó a la escultura, el arquitecto Lissitzky (jefe del Parque de Cultura con Stalin) lo propagó en Europa, Alexandra Exter (asesora ministerial) inició el suprematismo tecnológico. La bella Olga Rozanova, antecedente de los Albers, Neuman y Rothko, murió demasiado joven en 1918. Gabo, creador de la escultura cinética, devino catedrático de Harvard y maestro de los Rieckey, Calder y Tinguely. Sin olvidar que Moholy-Nagy revolucionó en EE UU, con suprematismo, el arte de la fotografía y la filmación.